

MARITAIN, MOUNIER Y LA CONTINUACION (*)

POR

LOUIS SALLERON

En *Le paysan de la Garonne*, Jacques Maritain dedica algunas líneas a Emmanuel Mounier:

“Gracias sobre todo, pienso, a Emmanuel Mounier, la expresión “personalista y comunitaria” se ha vuelto una tarta de crema para el pensamiento católico y la retórica católica francesa. Yo mismo no dejo de sentirme, en parte, también responsable. En una época en la que era importante oponer a los *slogans* totalitarios otro *slogan*, pero verdadero, empleé gentilmente mis células grises y finalmente adelanté en uno de mis libros de aquel tiempo la expresión de la que hablamos; y es de mí de quien creo Mounier la sacó. Es justa; pero viendo el uso que de ella se hace ahora, ya no me siento tan orgulloso. Ya que después de haber pagado un *lip service* al “personalismo” está claro que es lo “comunitario” lo que gana.”

Maritain no dejará nunca de asombrarnos. Porque si nos complace verle reivindicar el lugar del “personalismo” frente a lo “comunitario”, ¿se cree él acaso ajeno a las degradaciones que su *slogan* había sugerido? Después de todo, Mounier también diría acaso: “yo no he querido esto”.

(*) Nuestro amigo Louis Salleron publicó en *Permanences*, núm. 40, el trabajo que traducido al castellano tenemos la satisfacción de reproducir. Es mucho lo que VERBO tiene que agradecer a las enseñanzas de los buenos amigos de *Permanences* y de Salleron, de quien hemos publicado en VERBO los siguientes estudios: Núm. 28-29: *Poder y Propiedad en la Empresa (sobre un libro de Bloch-Lainé)*, págs. 421 y sigs.—Núm. 34-35: *¿Tiene aún sentido la carta sobre “Le Sillon”?*, págs. 254 y sigs.—Número 55: *Una Encíclica llena de luz (sobre la “Divini Redemptoris”)*, páginas 339 y sigs.—Núm. 56-57: *La reforma de la empresa: El caso Ouest-France*, págs. 491 y sigs.—Núm. 59: *Empresa y Propiedad en la “Gaudium et Spes”*, págs. 619 y sigs.

¡Qué extraña aventura es el paso del Maritanismo al Mounierismo, y el del Mounierismo al progresismo!

A los ochenta y cuatro años, Maritain realiza esa paradoja de la juxtaposición de una fe inquebrantable y de una filosofía política en la que el comunismo, que él repudia, halla todos los justificantes.

Mounier ha muerto. No sabemos cuál sería su posición actual.

Los progresistas constituyen un abanico que va desde el cristianismo revolucionario a un revolucionarismo del cual se evapora el cristianismo hasta su desaparición total para hacer sitio al comunismo ateo.

¿Quién hará el análisis de estas filiaciones y de estas desviaciones?

En verdad, es más o menos esto lo que ha hecho el R. P. Fessard en su gran obra *De l'actualité historique* (Desclée de Brouwer, 1960). El segundo volumen, *Progresisme chrétien y apostolat ouvrier*, demuestra bien como una cierta filosofía de la Historia, impregnada de marxismo, ha corrompido a la mayor parte de nuestra *intelligentsia* católica.

En 1936, al dedicar un artículo al libro de Maritain *Humanismo Integral*, me estuve preguntando si no se trataba del anuncio de un marxismo cristiano.

Ahora bien el R. P. Fessard escribe:

“Si el progresismo cristiano apareció bajo el avance de los acontecimientos en 1944-1945, es evidente que los pensamientos de los que se ha alimentado tienen un origen más lejano y que aquellos que entonces los adoptaron y los desarrollaron ya llevaban el germen o lo recibieron de la mentalidad ambiente. Examinando el “problema de conciencia” al que los cristianos fueron enfrentados entre 1826 y 1956, A. Dansette escribe que “M. P. Maritain y Emmanuel Mounier lo abordaron en términos proféticos”, el primero sobre todo en *Humanisme integral*, y el segundo en la revista *Esprit*.

“Constatar la influencia que ejercieron en razón de esta rara clarividencia no implica hacer de ellos los padres del progresismo. En contra de los reproches, sin duda demasiado vivos, pero no sin fundamento, que le dediqué a propósito de algunas

torpezas en el lenguaje, Mounier se defendió, negando haber deseado este error. Si Maritain hubiera estado presente en nuestras discusiones de post-guerra, no hay duda de que se hubiera mostrado en contra de ellas de una forma aún más radical. No obstante, es quizá en *Humanisme integral* donde hay que buscar todo el primer germen." (Págs. 181-182.)

Maritain fue, en definitiva, el portador del germen. El germen que llevaba no alteró su salud personal, pero lo transmitió a ambientes que con él produjeron una epidemia.

¿Cuál era, pues, ese germen? Era el reconocimiento de una "misión histórica del proletariado", expresión peligrosa, "dos veces ambigua, a causa sobre todo de esa palabra en la que se expresa (...) "la obra de Marx" y también de la "misión" que él le atribuía. Maritain eludió para sí mismo el peligro, piensa el P. Fessard, pero añade, "dudo que consiguiera impedir que esa doble ambigüedad produjera su fruto en la mente de sus lectores".

En realidad, creo yo que Maritain fue personalmente contaminado por el marxismo, del cual salvó su fe pero no su filosofía política. En cuanto a sus lectores, sabemos, por su reacción ante *Le paysan de la Garonne*, hasta qué profundidades el "germen" ha proliferado en ellos.

Mounier, por su parte, fue mucho más lejos que Maritain, no solamente del lado del marxismo, sino del lado del comunismo. Mounier, en este aspecto, hace pensar un poco en Sartre, el cual queda siempre fuera del "partido", toma en tal o cual circunstancia sus grandes distancias con él, pero insiste en dejar bien claro que en él está la salvación y la verdad, porque en él está la Historia en marcha.

Me he preguntado cien veces: ¿por qué la filosofía de la Historia, cuando toma lo católico, lo arrastra inmediatamente hacia el camino de Marx, hasta conducirlo a menudo hasta el comunismo y aun hasta el ateísmo?

No veo más que una respuesta a esta pregunta. Y es que es a través de Marx por donde se introduce al católico en la filosofía de la Historia. No es seducido por la filosofía de la Historia, sino por una filosofía de la Historia: la de Marx.

Toda Historia es filosofía. No se puede *exponer* el desarrollo de los hechos históricos sin *explicarlos*, sin establecer entre ellos *relaciones*, lo cual supone una filosofía, consciente o inconsciente. No nos queda, pues, por elegir más que entre las filosofías de la Historia.

Veo claro que Marx seduce porque reduce la filosofía a la Historia. Ofrece, pues, al espíritu esa coherencia de un monismo simplista, en la que las propias dificultades se evaporan por obra de un pequeño juego dialéctico elemental que da razón de todo.

Pero es ahí donde el cristiano debería estar inmediatamente en alerta porque justamente el cristianismo es una Historia, y que si se quiere dar a la Historia una dimensión total, la filosofía de la Historia se convierte muy naturalmente para el cristiano en la teología de la Historia, —de la que se distingue únicamente por las formas de explicación que provienen de la libertad de la inteligencia, no imponiéndolas la Revelación.

Es, a mi entender, lo que ha comprendido el R. P. Fessard en *De l'actualité historique*. Opone al progresismo cristiano (marxista) una filosofía de la Historia que no es más que la teología de la Historia explicada de acuerdo con la dialéctica hegeliana. La tentativa es ingeniosa. Es llevada con mano maestra. Hay que hacer constar, no obstante, que no ha detenido a ningún católico en la pendiente hacia el marxismo. ¿Por qué?; no tengo idea. La única explicación plausible, es la debilidad general de la fe. Una filosofía cristiana de la Historia no puede estar, en efecto, más que muy cerca de la teología, muy cerca de la Revelación. Hay que admitir “la Historia Sagrada”, la “Biblia”, la Encarnación, la Redención, todos los últimos fines del hombre. No es, pues, más que un cristianismo ardiente y convencido el que puede adaptarse a esta clase de filosofía, —la cual lo separa del mundo—. ¿Cómo evitar el pensar que adoptando una filosofía de la Historia de tipo marxista, el cristiano busca, más o menos, ilusionarse con una unión que establecería entre dogmas en los que él cree, sin hacerse muchas preguntas sobre ellos, y corrientes de pensamiento en las que puede en apariencia salvar su calidad

específica al mismo tiempo que “dialoga” largamente con un enemigo todopoderoso?

Mounier ha vivido constantemente en esa ambigüedad. Cristiano sincero, sin duda, pero siempre preocupado en reconocer las verdades del marxismo y del comunismo.

¿Es verdad que aún ejerce una influencia sobre algunos ambientes? Me lo dicen. Me cuesta creerlo, porque ¿qué puede él darles? Hizo figura de innovador entre las dos guerras por que estableció una comunicación entre el marxismo y algunos círculos importantes de la *intelligentsia* católica. Pero hoy día en que el marxismo está por todas partes, Mounier debe parecerles a los jóvenes una *vieille lune*. Sus audacias harían sonreír. Ya están muy “superadas”.

El P. Fessard cita de él una página muy característica:

“Comunismo y cristianismo están atados el uno al otro como Jacob al Ángel, por un rigor y una fraternidad de combate que sobrepasa infinitamente la fuerza del poder. Sería demasiado cómodo si el comunismo fuera el Anticristo. El comunismo lleva elementos anticristo como el propio mundo cristiano, pero lleva también, he aquí su carga misteriosa, una parte del Reino de Dios.” (Pág. 54).

Este es el tipo de prosa que Mounier ha introducido en el mundo católico. Es lo que se llama la literatura “profética”. Estamos tan acostumbrados a ella hoy día que olvidamos que no era corriente antes de Mounier. El mismo Maritain no firmaría, me parece, un texto como ése. Pero Teilhard de Chardin no dice otra cosa, aunque bajo una perspectiva diferente. En cuanto a la encíclica *Divini Redemptoris*, nunca ha frenado a estos maestros del pensamiento del catolicismo francés.

En 1949 el R. P. Fessard escribió una carta muy larga a Mounier. Extraigo aquí el siguiente pasaje:

“Vea, mi querido Mounier, su fe es demasiado tímida, demasiado limitada su esperanza. ¿Desea que el comunismo halle el camino de la Historia! Haga, pues, de forma que lo halle realmente. Y ante la mentira del “progresismo” empiece por proclamar con valentía que el comunismo como doctrina y concepción

del mundo no sigue el camino de la Historia. Convéznase, no porque se lo diga yo, sino porque la Iglesia del Verbo encarnado nos lo advierte, que una "perversidad intrínseca" alcanza a todas las proposiciones, todos los aspectos que nos son recomendados del marxismo. Tenga cuidado en descubrir esa perversión bajo las mejores apariencias. Mire que no penetre, sin usted saberlo, en sus juicios o la haga subsistir en los del prójimo, sin descubrírse-la. Después, no tema declarar que si la alianza del ateísmo de la doctrina y del comunismo es indisoluble, por el contrario, la del movimiento histórico de los pueblos y de las clases obreras con el comunismo es provisional. Haga resaltar claramente el divorcio entre ellas. Hágalo efectivo en sus palabras, en su revista, en cada una de sus páginas. Cuanto más firme y lúcido haya sido en perseguir la mentira, más derecho tendrá a abrirse al progreso."

Estas palabras son tanto más interesantes cuanto, en conjunto, el R. P. Fessard siente simpatía por Mounier y por *Sprit*. Pero, en definitiva, no puede dejar de ver lo que no está más que demasiado a la vista.

Empezamos ahora a recoger los primeros frutos de la filosofía política de Maritain y de Mounier. Los recogemos, ¡desgraciadamente!, en los vergeles del catolicismo.

Maritain hace frente. Con un coraje que no podemos dejar de admirar, repite tanto su catolicismo integral como su "humanismo integral". No admite ser, en su origen, portador de un germen cualquiera de progresismo.

¿Qué diría Mounier si estuviera aún entre nosotros? Creo que se conformaría con analizar, analizar sin fin la situación tal como lo hizo toda su vida.

Todo ello representa el pasado. Un pasado próximo, pero que parece terriblemente lejano en vista de la situación religiosa y política actual.

A aquellos que tuvieran coraje para ello, les aconsejaríamos que releyeran los ensayos filosófico-políticos de Maritain y de Mounier después de la encíclica *Divini Redemptoris*. Verían rápidamente dónde se encuentra el análisis a la vez más simple y más lúcido del comunismo, y quién prevé mejor el porvenir.